

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo más selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripción 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 $\frac{1}{2}$ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

ELOGIO HISTORICO

DE

ALEJANDRO VOLTA,

por Arago.

(Continuacion.)

Aquella parte del público que en punto á ciencias tiene que atenerse á los demás, nunca decide á medias. Admite ó reprueba con ahínco, permítaseme decirlo. Los pararrayos escitaron verdadero entusiasmo, cuyo fervor es curioso leer en los escritos de la época. Los viajeros en campo raso creen conjurar el rayo esgrimiendo la espada contra las nubes, cual otro Ajax amenazando á los dioses; los clérigos se lamentan amargamente de que prohibiéndoles su traje llevar espada, esten privados de este talisman conservador; quién propone con toda seriedad el preservativo infalible deponerse debajo de un canal en cuanto empiece la tempestad, puesto que las telas mojadas son excelentes conductores de la electricidad; quién inventa pelucas, de las cuales cuelgan cadenas metálicas que habrá de cuidarse vayan siempre metidas en los arroyos, &c., &c. Algunos físicos, debemos decirlo, no participaban de tales fatuidades. Admitían la identidad del rayo con el fluido eléctrico, como que la experiencia de Marly venia á ser una sentencia irrevocable; pero de dudar era, en vista de las pocas y pequeñas chispas sacadas de la varilla, que de este modo se pudiera agotar la inmensa cantidad de materia fulminante de que debe estar cargada una nube tempestuosa. Las terribles experiencias de Romas de Nerac no les convencieron, porque este observador empleó una cometa con cuerda metálica, que elevada á centenares de pies de altura iba á sacar el rayo de la region misma de las nubes. No tardó, sin embargo, en dar nueva luz la sensible muerte de Richman (el 6 de Agosto de 1753), ocasionada por la simple descarga de la barra aislada del pararrayos comun que dicho distinguido físico tenia en su casa de San Petersburgo. Los eruditos vieron en semejante trágico fin la esplicacion del pasaje del naturalista Plinio, en que cuenta que el rayo mató á Tullus Hostilius por haber celebrado con poca exactitud las ceremonias con que su predecesor Numa le obligaba á caer del cielo. Los físicos despreocupados columbraron en el citado suceso un dato de que carecian, á saber: que en ciertas circunstancias una barra de metal poco elevada arranca de las nubes tempestuosas no solo chispas imperceptibles, sino verdaderos torrentes de electricidad. Así es que desde entonces perdieron todo su interés las discusiones sobre la eficacia de los pararrayos. Y no exceptuó el animado debate que por algun tiempo sostuvieron los sabios ingleses, sobre si los pararrayos debían ser puntiagudos ó redondeados en el

extremo. Nadie ignora hoy que Jorge III promovía la polémica; que se declaró en favor de los pararrayos terminados en bola, porque Franklin, su afortunado antagonista entonces en cuestiones políticas de inmensa importancia, opinaba que terminasen en punta, y que así esta discusion pertenece mas bien como ligero incidente á la historia de la revolucion americana que á la de la ciencia.

En cuanto supo Lemonnier los resultados de la esperiencia de Marly, puso en su jardín de San German una larga barra metálica vertical aislada del suelo con nuevas precauciones; y al momento aparecieron los penachos eléctricos (Julio y Setiembre de 1752); no solo cuando estaba cubierto el cielo de nubes amenazadoras, sino tambien estando enteramente raso. Así una modificacion al parecer insignificante del aparato primitivo de Dalibard, originó un bello descubrimiento.

Lemonnier advirtió sencillamente que el tal rayo de los dias rasos, cuya existencia acababa de descubrir, tenia variaciones regulares de intensidad cada veinte y cuatro horas. Beccaria dictó las leyes de este período diurno, mediante excelentes observaciones. Asentó ademas el hecho capital de que en cualesquiera estaciones, á cualesquiera alturas, con cualesquier vientos, es constantemente positiva ó vítrea la electricidad del cielo raso.

Siguiendo así por orden de fechas los progresos de nuestros conocimientos en electricidad atmosférica, llego ya á los trabajos con que ha aumentado Volta el caudal de este ramo importante de la meteorología. Encamináronse á perfeccionar los medios de observacion, y á examinar minuciosamente las diversas circunstancias en que se desenvuelve el fluido eléctrico que invade luego todas las regiones del aire.

Al nacer un ramo de ciencias se ocupan solo los observadores en descubrir nuevos fenómenos, dejando para mas adelante el apreciarlos numéricamente. Varios físicos disfrutaban merecida reputacion en electricidad; mas, la botella de Leyden adornaba á todos los gabinetes de Europa, y á nadie le habia ocurrido todavía un verdadero electrómetro. El primer instrumento de esta clase no pasa del año de 1749; le hicieron Darcy y Leroy; no se adoptó por su escasa movilidad con cargas pequeñas.

El electrómetro propuesto por Nollet (1752) parecia mas sencillo, mas cómodo, y sobre todo mucho mas sensible. Constaba de dos hilos, que electrizados por precision habian de abrirse como un compas á causa de la repulsion. Así la medida buscada se reducía á observar un ángulo.

Cavalleo realizó lo que tan solo indicó Nollet (1780). Los hilos eran de metal con esferitas de médula de saúco en los extremos.

Volta suprimió el saúco, y sustituyó pajas secas á los hilos metálicos. Insignificante parecería esta variacion á no decirse que el nuevo electrómetro posee la propiedad preciosa é inesperada de dar entre 0° y 30° desvíos angulares de las dos pajas exactamente proporcionales á las cargas eléctricas.

Las apariencias engañan.

Levantados los manteles y retirados los criados, rogamos á Eduardo que nos refiriese la anunciada historia, y él lo hizo del modo siguiente:

En Madrid, donde he residido estos últimos años, visitaba la casa de una señora viuda, joven, amable, rica, de talento é instrucción: tenia yo todo el derecho que á cualquier ciudadano soltero conceden la ley y la costumbre para aspirar á ser bien quisto de una viuda, y lo ejercía con toda la petulancia y mal resultado de un mozo de poco seso: la viudita por su parte usaba tambien del derecho de no hacerme caso, y á esta mortificación se me añadía la de figurarme que cierto inglés, rico y flemático, que frecuentaba la casa, se asemejaba á mí en la intencion de sus visitas, y se diferenciaba mucho en cuanto á las probabilidades de buen éxito. Era el tal hijo de Albion hombre de arrogante figura, de madurez filosófica unida á una imaginacion florida, hablaba mal nuestra lengua, pero se explicaba divinamente (y eso que yo nunca le oí explicarse con la viuda) habia viajado mucho y adquirido una instruccion nada vulgar. Tenia el arte de amenizar la conversacion mas árida y trivial, sus observaciones eran siempre ingeniosas ó profundas, sus réplicas tan mesuradas como justas, esponia siempre francamente su opinion, contradecía alguna vez, pero no disputaba nunca. Yo no sé si era el diablo, pero lo cierto es que jamas andaban nuestros pareceres acordes; si hablaba el inglés, argüia yo en contrario, si hablaba yo, nunca le faltaban á él objeciones: la imparcialidad histórica me obliga á confesar que era yo las mas de las veces vencido, y como tal, irritado; tanto mas cuanto la viuda celebraba los triunfos de mi adversario con ciertas sonrisitas de aprobacion, que en mí producian el mismo efecto que una buena dosis de rejalgar.

Un dia tomó el inglés la palabra para ponderar la diferencia entre nuestros usos y los de los demas pueblos de Europa, en punto á comida y mesa.... En España, decía, se come poco generalmente y se come mal. Se mira lo que en otras partes es un placer de refinada cultura, como la mera satisfaccion de una necesidad. Se está poco tiempo en la mesa; el servicio es de poco lujo, la asistencia de los criados imperfecta y rústica; los manjares son poco delicados; el arte de cocina no se cultiva; los buenos vinos son poco estimados y los mejores de Europa casi desconocidos; no se crían las aves ni se engordan los ganados espresamente para las delicias gastronómicas; no se aprecia la infinita variedad de pescados y mariscos; no hay el gusto de aquellas delicadísimas salsas francesas, ni de aquel picante apetitivo de las inglesas; no hay para comer ceremonias especiales, tono de conversacion especial, ni aquella alegría urbana que reina en los convites extranjeros; los hombres no aciertan á ser obsequiosos, ni las damas suelen poseer el arte cisoria; no se presentan las frutas en la mesa adornadas con el gusto exquisito del jardinero, ni la repostería embelleza la vista antes que el olfato y el gusto con su pintoresca arquitectura; no hay aquella variedad de formas y colores de vasos apropiados á cada vino diferente, feliz é inequívoco anuncio para el comensal aficionado, ni las distintas clases de cervezas inglesas, francesas, y alemanas, alternan en apagar la sed de los comedores, y restablecer sus fuerzas gástricas.

—Por este estilo siguió mi hombre haciendo un paralelo tan poco favorable como justo; yo que estaba inflamado entonces (ahora no) de aquel obcecado patriotismo, que consiste no en desear introducir en España la civilizacion, sino en dar por supuesto y asentado que todo lo español es bueno y todo lo extranjero malo; llevado ademas de la cólera que naturalmente escitaba en mí cuanto el inglés decía, tuerto ó derecho, le interrumpí descortés, y comencé mi impugnacion por el método mas cómodo, que es el de negar los hechos; y en altas y rotundas voces declaré que en España, se comia tanto y tan bien, y las mesas eran servidas con tanta finura y delicadeza, como en cualquiera parte (verdad es

que yo no habia estado antes de aquel tiempo en ninguna parte.) Mi cachazudo contrincante, que dentro y fuera de España habia visto mas que yo, no se detuvo en replicarme que le parecia que estaba equivocado, y citándome las mejores mesas de Madrid y otras principales ciudades de España que él habia frecuentado, me hizo observar que eran otras tantas escepciones á la regla general de la costumbre española, y que por ser, ó casas extranjeras, ó personas que habian traído de tierras ultra-pirenaicas su método de vida, así como por su corto número, no podia fundarse en ellos la asercion de que el comer bien fuese en España uso corriente.

Derrotado yo en este terreno, apelé al segundo recurso patriótico, que fué el de defender como virtud lo que en realidad es pobreza, suciedad y falta de cultura: pronuncié con énfasis orgulloso las palabras *sobriedad, frugalidad, templanza, sencillez y modestia*: cité á Fr. Luis de Leon en verso, á santa Teresa en prosa, presenté como modelos mil santos cenobitas y padres del yermo; me mostré furioso enemigo de la gula y de la intemperancia, hablé con entusiasmo del ayuno eclesiástico y de la dieta higiénica, calumnié á dos pueblos respetables diciendo: que no habia ingles ni frances que no se levantase borracho de la mesa, como si yo lo hubiera visto muchas veces; en fin, hice lo que todo el que discute mal, sacar la cuestion de quicio, exagerar y no probar, para quedar ufano con cierta apariencia ó sombra de razon. Para remachar el clavo hice personal la cuestion general y abstracta, y dije, que me parecia un exceso irracional indigno del hombre, entregarse á los placeres refinados de la gastronomia, y que yo (este yo articulado como para decir el que me contradiga ó me desaprobe me insulta) no acostumbraba á hacer mas que un ligerísimo desayuno de chocolate y una parca comida de sopa, cocido, alguna otra friolera y unos postres: que nunca cenaba, y que en mi mesa jamás se veían vinos, ni licores, con cuyo régimen me ahorra de esos caldos, nocivos mas que digestivos, tales como el café, el té, y la cerveza. — «A mí respondió el inglés con gran sosiego, me sucede todo lo contrario. Tengo un buen cocinero, y diariamente estoy desafiando su habilidad: procuro cubrir mi mesa, aunque sin profusion ni lujo, con variedad de manjares exquisitos; gusto de que celebren alianza sobre mis manteles el vino de Jerez con el de Burdeos, el Champagne con el Madera, el del Rhin con el del Cabo de Buena Esperanza; que la gustosa cerveza alemana fraternice con nuestro ale y nuestro porter; que cuando la aromática fresa de Aranjuez sale á plaza, reciba en señal de bienvenida, un asperges con el zumo de la naranja portuguesa y algunas abluciones del espirituoso licor que ha dado tanta reputacion á la Jamaica. Tazas de té son innumerables las que tomo al dia, como para justificar el excesivo gasto de sangre y de dinero que mi país ha hecho en la guerra de la China: lo cual no impide que muchas tardes haga servir á los que favorecen mi casa un exquisito café que cierto amigo me envia de la perla de las colonias españolas;

Y para que mas grato el gusto adule

como dijo allá Inarco Celenio, me le hacen un poco á la manera turca, cargado y fuerte, y presentado en unas diminutas tazas que yo mismo traje de Constantinopla.»

—«Qué sensualidad! exclamé yo, notando que la viuda se relamía con la pintura y le iban entrando ganas de irse á casa del inglés á vivir á lo Sibarita. — Y quien así se hace esclavo de su paladar, no teme degradar la dignidad del hombre!

Unas visitas que entraban interrumpieron nuestro altercado; pero desde aquel dia ya no nos saludábamos de otra manera que diciéndome él á mí «á Dios, señor frugal,» — y contestándole yo — «á Dios, señor gastrónomo.»

No pasó mucho tiempo, cuando cierta mañana el inglés necesitó de mí y fué á buscarme á casa. Oí su voz cuando le abrieron mi puerta, hice señas á los criados, de que me negáran, y la cocinera que se halló mas cerca y habia salido á abrir desplumando un pavo, respondió: «El señorito ha almorzado hoy muy temprano y ha salido al instante.» — Y sabe vd. si volverá pronto? — No señor (replicó la maldita vizcaína, muy diestra en improvisar embustes) porque le ha sentado mal un pastel con trufas que le puse al almuer

zo, y dijo que se iba á dar un largo paseo para decirlo.

Retiróse mi inglés, muy persuadido sin duda de que yo me habia atracado de trufas en pastel; pero es lo cierto, que lejos de haber almorzado, tenia que ir justamente aquel dia en casa de un amigo, que á favor de su convite, queria hacernos tragar á unos cuantos llamados literatos, cierto drama insípido que se proponia leernos. Antes de acudir á la cita de este almuerzo, pasé por casa de un abogado de fama á quien queria consultar por encargo de un corresponsal de Sevilla, la manera de embrollar cierta disposicion testamentaria mas clara que el sol de mediodia. Encontré al letrado en la mesa rodeado de su familia, devorando un suculento almuerzo; no queria yo hablar de pleitos en tan inoportuna ocasion, pero el jurisperito me dijo haciéndome mil instancias: «al contrario, amigo, en la mesa tendremos mas espacio: almorzaré vd. con nosotros, y al mismo tiempo hablaremos, que, ó mal me han de andar las manos, ó hemos de arrancar la herencia de las de esa gente.» — (*Esa gente* llamaba él á los legítimos herederos.) — Mil gracias, contesté yo, estoy convidado á un almuerzo literario, y no puedo excusarme. — ¿Qué dice vd? Se almuerza ya en casa de los literatos! ¿dan ya convites los alumnos de las musas? Y luego negarán que España va progresando! — Pero á lo menos, añadió, tomará vd. por via de desayuno una jícara de exquisito chocolate.» — Diciendo así me sentaron en una silla, me pusieron delante un cubierto, y me hicieron tan obstinadas instancias, que ya apurados todos los medios de defensa, me rendí al fin, temiendo que el letrado lo tomase á desaire, (era navarro). Me acerqué á la mesa, desdoblé la servilleta, partí pan, é hice lo que hace el que se dispone á comer mucho, pero resuelto en mi interior á solo llegar á los labios la jícara y beber un poco de agua. Cumplílo así, y entretanto se entabló la conversacion del pleito, que como todas las de su género fué larga y animada. En medio de ella, viendo que la señora de la casa estaba sudando y trasudando para trinchar unas perdices estofadas, le pedí permiso de servir las; me apodero de la fuente, empuño la cuchara única arma de que habia menester para aquellos terribles cadáveres, y ya me disponia á seguir mi relato, cuando entra un criado y dice: «Señor, ahí está el caballero inglés que trajo la letra de Barcelona.» — Que pase adelante. — Entró en efecto y ví no sin rubor y despecho que él tal inglés era como ya habrán vds. adivinado, mi susodicho inglés, ó por mejor decir el inglés, no mio, sino de la viuda. Miróme al soslayo y se sonrió: que me maten, dije para mí capote, si este pecador no cree que estoy haciendo segundo almuerzo! Sea lo que fuere, no tuve tiempo de desengañarle, porque el abogado saliendo á recibirle con mil cumplidos, le introdujo á su despacho y despues le dió salida por otras piezas interiores hácia la escalera.

Poco tardé yo en seguir el mismo camino y acudir á nuestro convite, todos estaban ya reunidos y al verme entrar uno de aquellos calaveras exclamó: amigo, acabo de hablar de tí. — Con quien? — Con un inglés conocido tuyo, cuyo nombre no diré ahora, porque es necesario para pronunciarle silbar, apretar los dientes, dilatar los labios, y hacer vibrar la epiglótis, y como estoy en ayunas, no me hallo dispuesto á tales ejercicios. — ¿Y que has hablado de mí con ese inglés? le pregunté un poco inquieto. — Nada: le he dicho, que teníamos un almuerzo á que tú asistirías, y que me alegraba mucho, porque eres de los tercios mas útiles para una comida, y que tenias felicísimas ocurrencias, sin perder jamas la cabeza aunque te bebieras seis botellas. — No es fácil ponderar lo que me mortificó aquella ocurrencia, acabándome de poner de mal humor la lectura del drama que nos probó lo fecundo é inextinguible que es el linaje de don Eleuterio Crispin de Andorra.

Desde el almuerzo, es decir desde mi escaso y acibarado, y único almuerzo (tercero sin embargo por la cuenta de mi enemigo) volví á casa donde me entregaron dos esquelas: la una impresa y concebida en estos términos: El duque de... espera del señor don Fulano le haga la honra de acompañarle á comer á las siete de la tarde de tal dia» (que era aquel precisamente). — La otra manuscrita de un íntimo amigo mio, de esta manera: «Querido; pues que hace tanto tiempo que deseas una coyuntura de hablar despacio con aquella rubita consabida, vente hoy á las cuatro á co-

mer conmigo y comerás con ella. No dejes de venir, porque no habrá muchas de estas ocasiones: ademas, son hoy los dias de mi muger, y está furiosa contigo porque ni el año pasado ni este te has acordado de cumplimentarla; si no admities mi convite lo tomará á desaire, y ya sabes lo quisquillosa que es en tales materias. A Dios, tuyo &c. &c.»

Dos compromisos y los dos inevitables: ¿cómo habia yo de perder un convite que tanto me honraba como el del duque, persona que siempre reúne en su casa lo mas culto y elegante de la sociedad madrileña! Por otra parte ¿como despreciar el bondadoso y doble obsequio de mi amigo desairar y ofender á su esposa, y perder una ocasion que tanto habia yo anhelado? Me eché, pues, á discurrir el medio de conciliar tales extremos, y luego dí en uno muy seacillo y natural: aceptaré ambas invitaciones; todo se reduce á comer poco en la comida de las cuatro, y á comer mal en la comida de las siete. Así lo puse por obra: pero mi negra estrella me perseguia; sucedió... no sé si tendré valor para contarlo, que en el momento en que me hallaba mas complacido en casa de mi amigo, sentado á la mesa entre su mujer y la consabida jóven, en el momento en que todos admirados de mi parsimonia en el comer me acosaban con instancia por todos lados, presentándome el uno una fineza, el otro un bocadito escogido, y hasta un gracioso (en que mesa de confianza falta un bufon?) un ave asada entera y verdadera: en aquel momento crítico, repito, en que todos pugnaban por cebarme, y yo cediendo á tan obstinados obsequios á pesar de mis propósitos, recibia y tragaba á diestro y á siniestro; alzo los ojos y veo aparecer en la puerta del comedor, como un espectro acusador, como vió Macbeth la sombra de Banco, ¡quién!... la figura del inglés mi perseguidor implacable, que sorprendiéndome en el que él juzgaria mi cuarto banquete, me clavaba una sarcástica mirada que parecia decirme: ¡Y eres tú, oh gloton insaciable! el fogoso apóstol de la frugalidad y la abstinencia! — Tanto me exasperó aquel cúmulo de casualidades, que ni aun pensé en dar esplicaciones indirectas: el hombre con su acostumbrado tacto hubo de conocer, mi malhumor y lo que su presencia me mortificaba, porque ni siquiera aludió al objeto de mi disgusto, y de allí á breve rato se despidió: sin embargo me pareció que era pulla dirigida á mí, cuando al reconvenirle mi amigo por que se marchaba tan pronto, respondió: «es que yo no he comido todavía y estoy convidado en una casa,» este una y aquel todavía me sonaron muy enfáticos, como si quisieran significar váyase por el que ha comido en varias casas ya.»

Luego que se ausentó quedé tan pensativo que se me pasó la hora de ir á casa del duque. El reloj de palacio dando las siete y cuarto me advirtió de mi descuido. Echo á correr y llego cuando se acababan de sentar los convidados; acerquéme al duque, me deshice en excusas, pero él con su exquisita finura me sacó de todo embarazo, y presentándome con elogios escesivos á varios de los concurrentes, me volvió mi buen humor, que no es posible tenerle malo cuando está lisongeado el amor propio. Con esto ocupé mi asiento que subsistia vacante y marcado con mi nombre.

Gracias á Dios! decia en mis adentros, aquí no vendrá el inglés á perseguirme, porque nadie va á donde hay convite si no está convidado. — En efecto, nadie entró durante la comida, y yo estuve contentísimo, correspondiendo con aire jovial á todas las amabilidades del anfitrión, probando de todos los platos y de todos los vinos, celebrando el condimento de los unos y las calidades de los otros por hacerme agradable al duque, que es otro de los grandes secretarios de la gastronomía. Tanto charlé y tanto hice, que á los postres ya me sentia fatigado de mi propia locuacidad, y para darle treguas me dediqué á observar en silencio á los circunstantes. Algunos de estos me eran desconocidos, y por curiosidad rogué al mas afable de mis colaterales que tuviese á bien decirme los nombres que yo ignoraba. Prestóse á ello con sumo gusto añadiendo informes que yo no habia pedido, y recorriendo ambos así con la vista el círculo entero, vinimos á tropezar con un magnífico jarrón cargado de flores que adornaba la mesa por aquella parte y nos ocultaba un convidado. — ¿Allí detrás; quien se esconde? — Un excelente perillan, respondió el maldiciente cicerone, un inglés que... — Inglés! exclamé sobresaltado sin aguardar á oír mas.

—Si, me dijo, y pájaro de cuenta: y debe de conocerle á vd. porque durante toda la comida le ha estado observando á favor de aquel espejo. —Miré y ví que, en efecto, la casualidad ó mas bien el diablo, nos habia colocado en los lados opuestos del ángulo de reflexion y del de incidencia, y que gracias al jarrón de flores, y al espejo, mi implacable adversario me habia estado atisbando en emboscada.

Desde aquel momento no sé lo que me pasó, y cuando á las once de la noche me hallé solo en mi cuarto, me parecia haber despertado de una horrible pesadilla.

¡Porqué fatalidad estraña se habia empeñado la suerte en hacerme aparecer á los ojos de mi contrario como un hombre que no tenia dificultad en andar de mesa en mesa! La mentira de mi cocinera, y el haberme visto asistir al almuerzo del abogado, la noticia del otro convite, y encontrarse por acaso el diablo del ingles en las dos casas en que estuve convidado á comer... eran otras tantas casualidades conjuradas contra mí. Pero aun no lo sabia todo.

Al dia siguiente muy temprano me entró mi criado un periódico y un billete de uno de sus redactores, que decia de esta suerte:

«Amigo mio: anoche se te fué sin duda el santo al cielo ó faltaste á tu palabra, cómo pudiste dejar de asistir á la cena á que te habias suscrito dispuesta en celebridad de nuestra solemnidad universitaria? yo que á fuer de periodista no escrupulizo por mentiras de este género, te he incluido en la relacion que hago en mi papel de las personas que asistieron, porque en efecto aunque no estuviste debiste estar, &c.»

Al momento tomé la pluma y contesté, «Amigo mio, hazme el favor de remitirme lista de los suscritores que tenga en Madrid tu periódico, cuyo apellido empiece con W, pues deben de ser pocos si hay alguno.» — Envióla en efecto, y no contenia mas que este solo nombre: *Whitehandson* (*don Roberto*) *calle de tal, número tantos.* — Era mi ingles, era indudable que habia leído aquella infernal mentira; era evidente que tars de haber creído que yo, *SU DON FRUGAL*, el enemigo de la glotonería, habia almorzado tres veces, y comido otras dos en el mismo dia, daba cima completa á tan brillante jornada con una cena de fonda entre estudiantes.

¡Válgame el cielo! exclamé desesperado ¡qué bien castigada está mi necesidad! y por otra parte, ¡cuán engañosas son las apariencias!

(*Museo de las familias.*)

EL ESTUDIANTE.

Insertamos con placer la siguiente produccion de don Francisco Gradoli, apreciable jóven compatriota, arrebatado á nuestra amistad á mediados del año anterior por una sensible y prematura muerte.

¡Adios!!

Corrieron para mí meses y meses
desnudos de placer y de ilusion,
y todavía el labio cuantas veces
murmura triste la palabra *adios!*

De una muger el tembloroso acento
en momento fatal la pronunció.
¡Cuánta amarga hiel, cuanto tormento
para nosotros tuvo aquel *adios!*

Era preludio del eterno olvido
que cual mortaja sobre mi pesó,
ora, en un caos de dolor sumido
cifro mi afan pensando en el *adios.*

Oh que dulzura brilla en su mirada,
retratado en su rostro está el candor,
¡Porqué mi vida no quedó arrancada
cuando el sosiego me robó un *adios?*

Fué de mis pasos la guiadora estrella;
de mil gracias el cielo la dotó:
y me atormenta del pesar la huella
desde que mi adorada dijo *adios.*

Me persigue su imágén noche y dia,
muere en mis labios la apagada voz;
y ni una queja ecsala el alma mia,
todo espesára menos que un *adios.*

Sobre mi juventud ántes fortuna
las dichas con largueza derramó;
vinieron á alegrarme una por una,
juntas huyeron al decir *adios.*

Perdido un bien, el que tristeza alcanza,
de la vida es perpetuo torcedor;
si negada me está toda esperanza,
¡porqué el recuerdo tengo de ese *adios?*

Cuando me interno en el vergel umbrío,
de las ramas chocándose el rumor,
parecen repetir en mis oidos
la voz de mi afliccion, lánguido *adios.*

¡Felicidad! magnética palabra,
tras la cual desolado corré yo.
Una sonrisa mi ventura labra,
hallo el suplicio en un eterno *adios.*

Mi semblante las lágrimas bañaron:
ella las vió caer, huye veloz;
y en la remota orilla se olvidaron,
que allí no llega el eco de mi *adios.*

Sangre del corazón mis lloros fueron,
fueron mudo lenguaje del dolor,
los que una lágrima vertieron
estos no lean mi cantar de *adios.*

Su acento es cual balsámico rocío
que el caliz abre de marchita flor;
para mi semejó nube de estio
que viene y pasa en un decir *adios.*

Rodea de virtud luciente aureola
á su alma que la mia comprendió:
nuestras almas formaban una sola,
y la destroza un postrimero *adios.*

Cual nave por los vientos combatida,
en un mar proceloso, bramador;
así se encuentra mi cansada vida,
luto en el pecho, en la memoria *adios.*

Tiende la noche su estrellado manto,
la luz invoco con ferviente ardor,
llega el dia y no cesa mi quebranto,
siempre agitado y repitiendo *adios.*

En vano arrojo al aire estos gemidos,
ella sorda á mi ruego se mostró;
hoy no llega mi canto á sus oidos,
hoy no responde á mi doliente *adios.*

Correrán para mí meses y meses
desnudos de placer y de ilusion,
y mi labio infeliz, mil y mil veces
¡*adios!* murmurará, ¡*adios!* *adios!*...

21 Noviembre de 1843.

F. GRADOLI

